

# DUO MUSICAL DE CIEGOS

Por Edmundo COSTILLO MARIN



N los muy lejanos tiempos en que yo servía de monaguillo en la Parroquia de Santa María, era campanero un hombre maduro, cuyo nombre se completaba con el apelativo de su desgracia; se le conocía popularmente por Miguel el Ciego.

Sus ojos carecían de pupilas y los párpados unidos en costura. Sin embargo era hombre alegre y dicharachero, destacadamente ingenioso, algo mordaz en la crítica de los acontecimientos que se enteraba, para lo cual tenía siempre muy despierta su curiosidad sin llegar en sus agudos comentarios, porque era noble y respetuoso, a lo que pudiera constituir torpe juicio u ofensa. Su tono no pasaba de la embromada travesura.

Caminaba aprisa y sin vacilación por las calles sin valerse de su cayada que siempre llevaba colgada al brazo. Echaba de su petaca en la mano izquierda el tabaco suficiente, con exacta medida, y liaba el cigarro con asombrosa habilidad, cigarro que colocaba en su proverbial pipa de un fémur de conejo, y de las que poseía surtida colección.

Su popularidad más que como campanero, se fundamentaba en que terminados los deberes de su cargo, formaba dúo musical con otro ciego más joven, llamado Luis, con los párpados inamovibles, siempre abiertos, y sus pupilas estatificadas como si sólo vieses lejanías. Ambos eran sencillos y buenos a carta cabal. Luis hacía trinar con habilidad su bandurria, y Miguel, muy oportuno y acordado acompañamiento

con su guitarra. Mediada la mañana, y también en turnos de tarde, caminaban hacia donde hubiese concurrencia; cafés, tabernas, puertas de comercios, y con sus instrumentos modulaban la musiquilla de los couples entonces muy en boga. Después de la tocata de una o dos piececillas, Miguel, más diligente y con mayor autonomía de movimientos pese a su ceguera, con propensión a llevar la cabeza siempre baja, presentaba de un lado a otro el reluciente platillo sin pronunciar petición limosnera. No era precisa, bastaba el gesto. Las gentes de toda condición, quien en más o en menos, dejaban caer en el platillo algunas monedillas, perras o céntimos, que entonces tenían valor y uso, y vaciado lo conseguido en un bolsillo hondo y colgante de la amplia chaqueta, a continuar camino. Luis, más torpe para guiarse, se asía al brazo de su compañero.

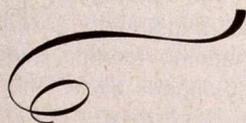
Pocos pasos bastaban para la oportunidad de hacer nueva tocata no pentagramada pero de buen son, y ello daba, en muy repetidas actuaciones y variados motivos musicales, los muchos pocos que bastaban para que dos familias tuviesen el pan bendito de cada día. La simpatía de que gozaban nuestros empíricos concertistas, quizá en consideración a sus desgracias, era sentida por todos, y por todos protegidas con dádivas.

Por la proximidad de ocupaciones nuestra relación de monaguillos con el campanero Miguel el Ciego, era diaria. Le respetábamos y queríamos y él nos correspondía con cariñoso optimismo que tenía mucho de paternidad. Esta familiaridad alcanzaba muy expresiva y alegre consagración con motivo de las Fiestas de Todos los Santos y Difuntos. Bastantes días antes de ellas, nosotros los monaguillos, llevando al brazo la dulleta roja y el roquete blanco, atributos de nuestra condición, recorríamos las huertas que circundaban la ciudad solicitando, a modo de aguinaldo, algunos frutos. Cuando no disponían de ellos, nos correspondían con algunas perrillas de cobre. Lo que más abundantemente reuníamos y nos complacía, eran castañas, porque con ellas, en las citadas fiestas, hacíamos y gozábamos del clásico calbote o castañas asadas. Lo metálico reunido quedaba aumentado por las peticiones en casas seleccionadas de la feligresía, y ello nos permitía aprovisionarnos de carne de cordero y cerdo, algunas ristes de chorizos, en cantidad bastante para banquetearnos en los dos días de fiesta indicados en que habíamos de permanecer en la torre tocando a difunto. La evocación funeraria de las campanas tenían modalidades sonoras diferenciadas. Así se doblaba distinguiéndose si era dedicado a hombre o mujer, sacerdote, monja o niño, y hasta Obispo y Papa. Como nadie escapa a la verdad de la muerte, la dedicación del recuerdo, la combinación de sonidos con las distintas campanas y el

ritmo de ellos, distinguían perfectamente a qué calidades humanas y jerarquías se sonorizaba el recuerdo. El toque de niño o niña tenía, y acaso persista, denominación especial; se le denominaba dinde, y traducida su sonoridad a léxico, se decía Chi-chi-pan; Chi-chi-pan, es decir; dos toques con campanita de sonido agudo, y uno con campana de sonido medio. Los toques de Obispo y Papa, por más ceremoniosos y complicados, siempre los ejecutaba Miguel el campanero.

La familia de Miguel, mujer e hija, ésta en adolescencia adelantada y ya maravillosamente guapa, belleza que cuajaría espléndida en su mocedad, nos acompañaban y dirigían cocinerilmente en estas fiestas. Aunque por los cuatros laterales de la torre donde cuelgan las campanas, entraba a veces buen cierzo, lo contrarrestábamos con la gran fogata que teníamos en medio, que nos servía para cocinar nuestras provisiones, y constantemente el asado de castañas o calbote, de lo que hacíamos gran consumo por ser típico y muy de nuestro gusto. Si en algún momento, alternativamente, nos apuntaba el sueño, lo conciliábamos tendidos sobre una losa, bajo las campanas, sin que el constante retumbar de éstas nos lo dificultara. ¡Dulce cansancio de la inocencia!

Ya en esos días no suenan constantemente las campanas en recuerdo y homenaje indiscriminado de los muertos que fueron. Hoy enmudecen por comodidad de los vivos, porque sin duda les complace más el sosiego y aún los olvidos. Ya se dijo en una zarzuela; los tiempos cambian que es una barbaridad.



## ¡Qué agitación de puñales!

¡Qué agitación de puñales  
 en tu pechera florida!  
 ¡Qué lanzas de fuego hieren  
 mi sensibilidad dormida!  
 ¡Qué picachos se levantan  
 de tu cornisa en las cimas;  
 qué pasiones amamantan  
 en la noche que declina!  
 Puñales de amor, puñales,  
 son tus claveles dormidos,  
 flores del mal seductoras  
 que acechan en mi camino.  
 Cuando a la mañana vienen  
 sus ensoñados hechizos,  
 un arrullo de leones  
 me despiertan los sentidos.  
 Qué vértigos. En las cumbres  
 de mi cuerpo escalofríos;  
 ¡cuántas fogatas de lumbres  
 se desbordan en mi río.

Celestino FERNANDEZ DIAZ